“Europeísmo y seguridad” en Triunfo (27 enero 1973)

Leyenda: El 27 de enero de 1973, la revista Triunfo aborda los asuntos en materia de seguridad que tienen lugar en Europa, como la Conferencia de Seguridad de Helsinki o la Conferencia para la Reducción de Fuerzas en Europa.
De manera paralela a la Conferencia de Seguridad de Helsinki, en donde se van a crear comités de trabajo dedicados a asuntos de gobierno, de economía, y a la libertad de circulación de ideas y personas en toda Europa, en Viena podría comenzar el 31 de enero de 1973 la Conferencia para la Reducción de Fuerzas en Europa (MBFR) entre doce Estados de la OTAN y cinco del Pacto de Varsovia. De esta forma, se evitaría la discusión de asuntos militares en Helsinki y sólo se trataran por una minoría.
Por otro lado, respecto de la vía paneuropeísta, la Europa de los “Nueve”, mediante su Parlamento, intenta representar mejor a sus pueblos a pesar de que aún no se ha llegado a la elección directa de sus diputados por los ciudadanos.
Fuente: Juan Aldebarán, “Europeísmo y seguridad”, en Triunfo, núm. 539, año XXVII, 27.01.1973, página 7.
Disponible en: http://www.triunfodigital.com/mostradorn.php?a%F1o=XXVII&num=539&imagen=7&fecha=1973-01-27 .
Copyright: (c) Triunfo Digital
URL: http://www.cvce.eu/obj/europeismo_y_seguridad_en_triunfo_27_enero_1973-es-0b360e00-c552-439a-8887-4774ecae5fae.html
Publication date: 20/02/2014

www.cvce.eu

de Hitler, un «nuevo orden», o con la de Nixon, «una estructura», pese a las injusticias de todo calibre que pueda producir. El nuevo orden estaría basado en una democratización, en una liberalización del mundo occidental, con su abundancia de consumo y de tolerancias, a costa por el momento de las esperanzas perdidas para muchos grupos minoritarios, o muy mayoritarios si consideramos lo que puede suceder en el tercer mundo.

LAS vías que pueda emprender Nixon para la pacificación de los Estados Unidos son, por el momento, secretas o misteriosas. Es lo que le reprochan sus críticos de Washington. El mito de la renovación ha estado bastante empañado por estas modernas brujas que son los columnistas. Reprochan a Nixon el estarse convirtiendo poco a poco en un dictador, sin duda porque les faltan referencias directas de lo que es un verdadero dictador. Leamos a James J. Kilpatrick, en el «Star News» de Washington: «En los dos últimos meses, Nixon se ha vuelto más remoto e interiorizado que nunca (...). Nixon, al inaugurar su segundo mandato, ha tomado mal la salida». James Burnham, en la «National Review», hace este retrato: «Secreto, enigmático, indirecto... Enfrentándose a las intrigas de palacio con otras intrigas; alternando períodos de aparente éxtasis con otros de furiosos estallidos de energía, proscribiendo de la corte a los grandes señores de título independiente en favor de vasallos de la liga del dirigente; decisiones tomadas a solas y puestas en práctica sin explicaciones de propósitos o premisas; incluso con Henry Kissinger como un moderno Rasputín...».

SE diría que están describiendo a De Gaulle. Quizá solamente la misma sombría neurastenia del poder largo y solitario, que puede aparecer en personajes romanos, medievales o actuales. La situación es la misma. En el caso de Nixon, la parábola de su vida es lo suficientemente sorprendente como para producirle notables cambios de carácter. Un «perdedor» casi profesional que emerge de las sombras para convertirse en Presidente, un hombre que llega a su segundo mandato presidencial arrancando a manotazos votos al partido contrario y, por lo tanto, que se cree asegurado del apoyo popular y que al mismo tiempo se enfrenta con una prensa y una televisión que le son hostiles, con un Senado y una Cámara de Representantes que quieren mermarle sus poderes y con una opinión mundial y nacional que le acusa crudamente —el mismo día de su juramento, una multitud de entre 20.000 y 60.000 personas se manifestaron contra él en las puertas de la Casa Blanca— de algo tan atroz como la reanudación de los bombardeos sobre Vietnam, tiene algo de enormemente trágico, aun cuando sea, como Nixon, una persona de escasa complejidad mental y poco dado a las torturas interiores.

ADVIRTAMOS que estas nuevas críticas vienen de la derecha —también le pasó a De Gaulle lo mismo en sus últimos tiempos—: los columnistas citados son notablemente conservadores. Una explicación podría encontrarse en el libro de Daniel P. Moynihan, «The politics of a Guarenteed Income», que se está publicando por capítulos en el «New Yorker» antes de su inminente edición. Moynihan fue consejero de asuntos interiores en el principio del reinado de Nixon, y ahora va a ser embajador en la India. Describe la política del Presidente como la de un conservador que se produce por medio de reformas radicales, y le compara a Disraeli, creador del Imperio británico. Comparación inútil. Pero es cierto que Nixon adopta medidas conservadoras por vías radicales, y sí podría compararsele de nuevo al general De Gaulle; y también podría volverse a decir que, precisamente por ello, tiene en estos momentos la desconfianza de unos y otros, y se encierra en la soledad. ¿Y en la autocracia? Eso es lo que estima Anthony Lewis —liberal— en el «Herald Tribune» de Nueva York: «Sean cuales sean las razones, estamos viviendo una tragedia de extrañamiento mutuo: un Presidente resentido y crecientemente autocrático, que despierta la amargura y el miedo profundo en una parte sustancial de su pueblo. Esta es la desgraciada situación en el "Inauguration Day" de 1973».

ES una considerable inversión de las conclusiones a las que llega el profesor Maurice Duverger en «Le Monde». Para él, el fenómeno de Nixon —de los Estados Unidos— es el del «fascismo exterior». Mientras, el país reposa sobre los derechos del hombre, los valores liberales, el pluralismo, la tolerancia y el respeto de la persona, su acción exterior —por los bombardeos de Hanoi y las minas de Haifong— representan el uso tiránico de la fuerza: es decir, el fascismo. No deja de ser curioso este contraste de que mientras un observador exterior cree que hay un fascismo nixoniano exterior y una democracia interior, los observadores interiores creen que hay ahora un intento de aproximación democrática, liberal y respetuosa al mundo exterior, mientras se mantienen formas autocráticas y tiránicas en el interior.

EUROPEISMO Y SEGURIDAD

La conferencia para la Reducción de Fuerzas en Europa (lo que en la jerga se llama MBFR, Mutual and Balanced Forces Reduction), puede comenzar el 31 de enero en Viena. Es, en cierta forma, una reunión paralela a la de Seguridad de Helsinki, aunque diplomáticamente se evite la relación. Se había convenido en que en la conferencia de Seguridad no se hablaría de temas militares (aunque esto parezca una contradicción), que debían ser objeto de una reunión distinta. La diferenciación debía servir para que el tema militar sólo fuese tratado por una minoría: doce países de la OTAN (Estados Unidos, Gran-Bretaña, Bélgica, Grecia, Dinamarca, Italia, Canadá, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Turquía y República Federal de Alemania) y cinco del Pacto de Varsovia (URSS, Polonia, Hungría, Checoslovaquia y la República Democrática de Alemania). Francia repudiaba la conferencia: consideraba que podía cambiar el equilibrio actual de Europa, y que ello significaba un riesgo. Sin embargo, al volver de su viaje a la URSS, el Presidente Pompidou anunció que había tratado este tema con sus interlocutores soviéticos, los cuales le habían instado a permitir la presencia francesa, y Pompidou se mostró "muy interesado".

Ahora la nota soviética de aceptación de la conferencia —que había sido una propuesta occidental— propone algunas modificaciones sensibles. La más importante es ésta: "El Gobierno soviético estima que todos los Estados europeos que manifiesten su interés, así como los Estados Unidos y Canadá, pueden participar, sobre la base de la igualdad, en esta conferencia". La cuidadosa elaboración diplomática occidental de las "minorías selectas" ha quedado destruida. Sin embargo, la URSS matiza que esta reunión, ya inminente, es preparatoria, y que la participación en ella "no prejuzga la cuestión de saber qué países participarán en el acuerdo o los acuerdos sobre la reducción de fuerzas armadas y de los armamentos". La Unión Soviética entiende que el tema de la reducción de fuerzas militares en Europa atañe a todos los países del continente, y no debe ser una cuestión de bloques; los neutrales tienen su voz y su opinión. Por ejemplo, la propia Austria, que dará sede a la conferencia; Finlandia o Yugoslavia, cuya posición en el Sur de Europa es particularmente importante. O España.

La nota soviética ha producido una inquietud considerable en los medios de la OTAN, y especialmente en los Estados Unidos. Encuentran que es una manera de "complicar" el tema, incluso que es una manera de intervenir en el desarrollo de la conferencia de Seguridad de Helsinki en forma de retraso. Algunos observadores creen que se trata de una "confabulación" preparada por Francia y la URSS; otros temen que se trate de un acuerdo clandestino entre la URSS y los Estados Unidos a espaldas de sus aliados, para poder manejar la situación. Ninguna de estas ideas parecen tener demasiado vigor. En los países que habían sido excluidos de la conferencia, parece advertirse, en cambio, una respuesta satisfactoria: nadie quiere estar ausente de la discusión de un tema tan vital.

Mientras tanto, en Helsinki, prosiguen las reuniones preparatorias —tras la tregua del nuevo año— de la conferencia de Seguridad y Cooperación. Se avanza con una cierta rapidez. Van a crearse tres comités de trabajo: uno dedicado a la interrelación entre todos los países conferenciantes en materias de gobierno; otro, sobre temas económicos, y un tercero, a los "contactos humanos" (que es donde los países occidentales quieren introducir las cláusulas de libertad de circulación de ideas y personas entre todos los países europeos).

Un tercer esfuerzo en la vía del paneuropeísmo (y en el de la democratización de Europa) es el del Parlamento de Estrasburgo (el de los "nueve"), que pretende ser más instrumental: capaz de mantener debates, de aceptar o rechazar las grandes medidas propuestas por los Gobiernos de Europa, y representar mejor a sus pueblos. La voz cantante de esta reforma la llevan los conservadores ingleses (los laboristas están voluntariamente ausentes); su moderación no llega a la idea de celebrar elecciones en los países del Parlamento para la elección directa de sus diputados. ■ **J. A.**